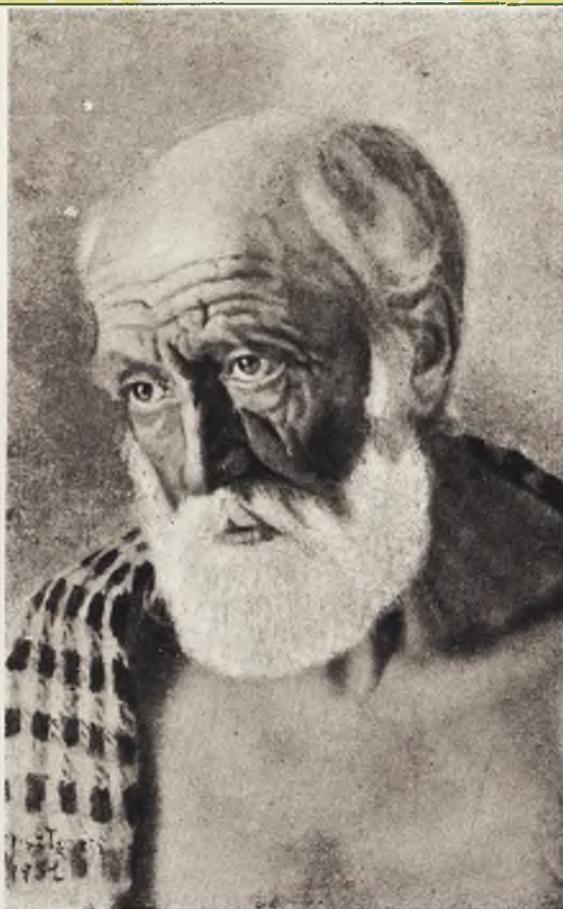


Albores

DE ESPIRITU



"Retrato de anciano"

CUADRO de López Torres. (Rep. Muñoz).

TOMELLOSO. diciembre de 1946

Sumario

EDITORIALES: CRITERIOS, Pág. 3.—
ESPAÑA Y CERVANTES, Pág. 5.—PA-
RA TI, MUJER. LA MADRE, POR MARÍA
ISABEL PEDRERO, Pág. 6. — COMENTA-
RIO AL «RETRATO DE ANCIANO»
DE LOPEZ TORRES, POR JORGE LUIS
DE MONTESINOS, Pág. 7.—TOMELLOSO
DE ALDEA A CIUDAD: UNA EJECU-
TORIA DE NOBLEZA, POR EL DOCTOR
FRANCISCO LAYNA SERRANO, Pág. 9.—
DIPTICO DE CIELO Y TIERRA, *sonetos*,
POR JUAN ALCAIDE SÁNCHEZ, Pág. 15.—
ROMANCE DE MANUEL DE FALLA,
POR FRAY BERNARDO MARTÍNEZ GRANDE,
Pág. 17.—SIEMBRAS. ESTAMPAS DEL
NATURAL, POR SAULO, Pág. 18.—GLO-
SA DEL VILLANCICO ESPAÑOL, POR
FRANCISCO ADRADOS FERNÁNDEZ, página
19.—PAGINA DEPORTIVA, Pág. 21.—
GALERIA DE PUBLICACIONES, pá-
gina 22.

Año 1

Diciembre de 1946

Núm. 2



DE ESPIRITU

Revista mensual de exaltación manchega

Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas' S. L.
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —

AÑO I

TOMELLOSO, diciembre de 1946

NUM. 2

Criterios

DIMENSIONES DE VIDA.—Alguien dijo: «Es más bello y vale más un nido de ruiseñores que la inmensa multitud de cuerpos celestes que giran por los espacios». Y es que «un ser vivo nos habla de Dios con más profundidad y elocuencia que (todas) las ingentes masas de materia inerte».

Pero ampliemos nuestra mirada y no queramos engañarnos: Vivir no es tan sólo «dejarse llevar», con frialdad y sin renuencias, por el torrente del diario acontecer. Vivir es moverse, al contacto y presencia del mundo, partiendo este movimiento de las misteriosas honduras del ser y para su propia y natural perfección. Cuando está en nuestra mano la capacidad de imprimir dirección y sentido a esa secreta energía, nos compete a cada uno el crear nuestra propia situación de vida, con esfuerzo tenaz e ininterrumpido, dando rostro varonil al «universo», en el cual la Providencia tuvo a bien instalarnos. Es consecuencia ineludible de nuestra naturaleza racional, de nuestro destino, de nuestra «constitutiva inmersión en las cosas», que diría X. Zubiri.

Y, por fuerza, este dar cara al mundo con cristiana gallardía, partiendo de nosotros mismos, ha de situarnos en la temerosa y total amplitud de un problema—la misma vida—hecho de múltiples y subalternas cuestiones, en alguna de las cuales antes, acaso, detuvimos el pensamiento con rigidez y monotonía unilaterales, por falta de visión y perspectiva de conjunto.

Si faltan horizontes es imposible percibir la belleza y amplitud de un panorama. Y, desde ángulos bajos de visión, es fuerza que no se encuentre la suficiente anchura de horizontes. No adquiere la vida humana su hermosura y su poesía, su plenitud y substancia íntegras, sino cuando se la estudia desde su propio punto geométrico—perdónese el símil—, desde puntos de vista conjugados en la feliz armonía de todas sus dimensiones.

Alma y cuerpo es el hombre. En el espíritu y en la materia está, pues, instalada el área total de su vida. Pero sin pugnas ni colisiones; sin preterición ni olvidos, que llevarían a enfoque de tipo exclusivista y unilateral. La exacta primacía de «valores» exige, en sana lógica, orden y jerarquización de ocupaciones. Y allí, donde sube el pensamiento, debe brotar suave y plácidamente la acción.

Son más amplios la vida y el mundo de lo que, a primera vista, pudiera parecer ¡Y cuántos rincones de la misma vida yacen ocultos a la propia contemplación, por falta de un foco de luz uniforme que los pueda esclarecer!...

Es, juzgamos, un esbozo de razonamiento de aquella frase inmutable que salió de los labios de Jesús: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». La antinomia de los dos tipos de intereses se disipa, como por ensalmo, cuando sinceramente se quiere vivir en la luz del Evangelio.

También pensaba en ello, sin duda, con el mismo rango y jerarquía, nuestro inmortal Calderón, cuando hacía decir al «Alcalde de Zalamea»: «Al Rey la hacienda y la vida—se ha de dar, pero el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios».

Quizás no se ha pensado todavía suficientemente en el contenido y belleza soberanos que ganaría la vida del hombre, de estar exactamente «radicada y fundada» en el concepto claro y sencillo de Dios.

ESPAÑA Y CERVANTES

Verdaderamente que los actos preliminares celebrados hasta la fecha para saludar la llegada del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, constituyen, por la importancia que han revestido, un motivo de regocijo para quienes seguimos de cerca su desarrollo. Ello nos anticipa la solemnidad que el próximo año de 1917 va a tener en el ámbito de las letras nacionales. El nombre de Miguel de Cervantes va indiscutiblemente unido a la época de más esplendor de nuestra literatura, y de aquí que España aproveche la presencia del Centenario para demostrar su inmensa gratitud y admiración hacia quien levantó el gran monumento del «Quijote».

En Madrid se ha iniciado la campaña de los actos nacionales mediante un Ciclo Cervantino, organizado por el Ateneo y cuya inauguración ha corrido a cargo del Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Española, D. José María Pemán, que, en amenísima conferencia, desarrolló el lema «De la cuarta y definitiva salida de Don Quijote por el mundo». A decir verdad, todo comentario elogioso resultaría insuficiente para medir, con toda exactitud, la belleza y profundidad de estilo de la magnífica pieza oratoria con que nos obsequió el «dueño y señor del verbo de España», según acertadísima frase de un prestigioso escritor giennense.

También en la Mancha se trabaja en estas fechas con toda celeridad para preparar los solemnes actos que en ella han de celebrarse. Ampliando la nota que dábamos en nuestro número anterior, reseñaremos que las distintas comisiones constituidas el pasado mes de octubre en Ciudad Real, trabajan, con el mayor entusiasmo, para convertir en realidades los proyectos elaborados en sus reuniones iniciales. Así, la Comisión de Cultura ha acordado convocar un magno certamen literario en el que se repartirán premios por un total de 41.000 pesetas, entre trabajos de investigación manchega. Otras 6.000 pesetas serán adjudicadas a trabajos de arte y fotografía, y 5.000 más que se concederán a la mejor colección de canciones manchegas. La Comisión de Propaganda ha anunciado, igualmente, un concurso para carteles del Centenario, dotado espléndidamente. Por último, se sabe que es propósito del Comité Ejecutivo, el construir un monumento a Cervantes, concediéndose un premio de 15.000 pesetas al mejor anteproyecto que se presente.

Como se ve, hay un manifiesto interés en que la Mancha no se quede atrás en el cumplimiento de sus deberes hacia el Manco de Lepanto.

Entre las demás capitales españolas, ocupadas asimismo en la noble tarea de homenajear a Cervantes, merece destacarse la de Valencia, en cuya Aula de Cultura «Mediterráneo» se celebró el pasado mes de noviembre una reunión literario-musical que forma parte de un Curso Cervantino a desarrollar en la capital levantina. El Dr. Sánchez Castañer, pronunció una conferencia sobre «El mensaje de Cervantes en su Centenario» y la Orquesta Municipal interpretó la partitura «Don Quijote» de Strauss y el bello poema sinfónico de Falla «El retablo de Maese Pedro», este último coincidiendo casi con la muerte del glorioso compositor español.

Terminaremos este editorial, dirigiendo, respetuosamente, a las autoridades rectoras del homenaje manchego al Príncipe de los Argentos, el siguiente ruego: ¿Sería descabellado sugerirles que los pueblos situados en el corazón de la Mancha, y tan innegablemente unidos a la ruta quijotesca, como acontece con Argamasilla de Alba, Campo de Criptana, Socuéllamos y Tomelloso, deben tener, a través de sus Ayuntamientos respectivos, una representación en el Comité Ejecutivo del IV Centenario del nacimiento de Cervantes?

La Madre

DEDICATORIA

A todas las madres españolas. Desde las páginas de nuestra Revista os tributamos, en vuestro día, este sencillo homenaje.

YA que hemos cantado las delicias del hogar, vamos ahora a hablar de la madre; aquél es el altar donde ella se inmola diariamente.

Somos de los que opinamos que el verdadero amor es el que se da en razón de sacrificio, y sacrificio es sinónimo de entrega. Este salirse de nosotros para darse a los demás, lleva consigo renunciamiento. La madre ha sabido renunciar a todo, a lo que hizo la felicidad de su niñez y de su juventud. ¿Quiere esto decir que ya no es feliz? ¡Ay, dulce secreto de las madres!, vosotras solas sabéis gustar de toda la felicidad, si aquí en la tierra pudiera darse.

No necesitáis de grandes estudios para educar a vuestros hijos que, en el amoroso molde de vuestro regazo, sois capaces de formar santos y héroes. «También los traidores tuvieron madres»—nos dice con sorna uno de tantos escépticos—. Sí, pero éstos son los que, queriendo amoldarse al mundo, perdieron aquella primitiva forma que les diera esta mujer que ahora, en la clausura de un hogar, al que las gentes no llegan porque es de humana condición el apartarse de la desgracia, llora, reza y espera... el arrepentimiento, el retorno...

Yo no sé—como dijo un escritor—cuándo es más venerable la figura de la madre: si cuando alimenta con su misma sustancia al hijo que engendró, o cuando reza por aquel otro que, apartado del hogar paterno, se revuelve entre el fango del mundo.

La madre no olvida nunca, pero perdona siempre, porque el amor, ni sabe de rencores ni de ingratitudes, ¡Qué gran cosa sería poder ver interiormente, en su parte sobrenatural, el corazón de la madre! No existiría virtud que allí no encontrásemos, ni belleza que allí no tuviese su forma, porque, aunque no todo lo bello encierra bondad, todo lo bueno, si está saturado de belleza, de luz y colorido, invisible, pero real.

Hablamos de corazón a corazón, que la vista y los oídos sólo distinguen de materiales cosas.

Hay mujeres que envidian al hombre porque es más libre, porque triunfa cuando se lo propone, porque, como puede cultivar más su inteligencia, da la sensación de que tiene más talento... porque en las manifestaciones externas de tantas cosas parece que la supera. Pues sabed, pobres mujeres descontentadizas, que Dios os ha dado a vosotras la mayor prueba de confianza que jamás existió. En la maternidad os hizo depositarias no sólo de cuerpos hechos a su imagen y semejanza, sino de almas, de ese gran tesoro para cuya salvación tanto trabajó. Y os las entrega a vosotras, os las deja que las guar-

déis en el estuche precioso de vuestro cuerpo, que las estrechéis contra vuestro corazón. ¿Cabe una prueba mayor?...

Un hombre no se humillará tal vez ante su hija, ante su esposa, ante su hermana, pero siempre se inclinará con respeto, con amor ante su madre. Y feliz de él si sabe inclinarse, porque en verdad se ha dicho que «nunca es malvado el que a su madre adora».

¿Quién ha enseñado a la mujer esta ciencia tan suya, tan sobrenatural? No ha tenido que aprenderla: nació con ella y, al unísono, se fué desarrollando. Los juegos de la niñez se hicieron realidad un día, y aquel muñequito que, a lo sumo, cerraba y abría mecánicamente los ojos, es ahora ese hijo en el que tiene puesta su ilusión, su orgullo, su esperanza...

Los primeros juegos sirvieron de ensayo. La varita mágica de la vida trocó aquel rincón infantil en un hogar en donde sus desvelos y sus esperanzas, sus lágrimas y sus risas, se hacen canción de felicidad al pasar por ei arpa amorosa de su corazón.

Nuestro deseo era hablar de la madre, pero, después de tantas palabras, confesamos que no hemos conseguido ni un confuso bosquejo de cuanto es.

María I. Pedrero

Comentario al “Retrato de Anciano” de López Torres

LA ingente obra pictórica realizada hasta la fecha por Antonio López Torres, merece no ya un simple comentario, sino un detenido estudio cuya realización compete exclusivamente a los críticos y versados en la pintura: El articulista, profano en la materia, no puede rozar estas cuestiones si no es en un plan meramente periodístico y, en vez de hacer crítica, habrá de ceñirse al simple comentario, orientado solamente por los cauces de la información.

Nuestra portada de hoy reproduce uno de los más valiosos cuadros realizados por nuestro artista y llevado a cabo allá por el año 1931 en medio de interesantes anécdotas que bien merecen la pena traerlas hoy al sabor del comentario. Corría el mes de julio del ya citado año cuando el pintor se dirigía, en un caluroso día de aquel verano, al estudio que tenía establecido en el aristocrático hotel «Mirasol», propiedad por aquellas fechas de

don Francisco Martínez Ramírez. El culto periodista brindó generosamente a López Torres una de las mejores habitaciones de su casa, en la que aquél dió magistral concepción a numerosos lienzos que constituyeron los primeros triunfos que habrían de jalonar su brillante carrera. Como decíamos, se encaminaba un buen día hacia el «Mirasol» cuando se le acercó un anciano mendigo que, temblorosamente, le imploró una limosna. No tardó mucho el pintor en quedar atraído por el porte de aquel anciano que nada tenía de común con los demás mendigos. En su cara podía percibirse la huella de un inmenso sufrimiento y en su mirada, llena de melancolía, había un destello de nobleza que casi se apagaba ya, absorbido por aquella tristeza infinita. Tenía el venerable viejo la cabeza despoblada casi de pelo, y el poco que quedaba en ella, así como el de su barba, era de un color plateado que denotaba su elevada edad. Llevaba completamente desnudo el pecho y en su hombro derecho descansaba una ya raída manta zamorana. Un pequeño lebrél seguía fielmente sus pasos, constituyendo su única compañía.

López Torres comprendió bien pronto que se trataba de algún personaje que, quién sabe por qué desgraciados reveses, había sido lanzado a tan misera situación. Recordó entonces que por el pueblo circulaba la noticia de que había llegado un mendigo que, en tiempos, había sido cónsul y noble aristócrata en una República centroamericana, de la que se vió precisado a evadir huyendo de una revuelta política. Había hecho la travesía del Atlántico en las bodegas de un barco mercante, llegando a España sin ropa ni dinero y, lo que es peor, sin documentación alguna que justificara su personalidad. Además, el anciano, como consecuencia de los inmensos sufrimientos padecidos, había quedado sumido en un estado de inconsciencia que no le permitía evocar muchos datos de su anterior existencia. Pero lo interesante para el pintor no fué ya el conocer los comentarios que todo el mundo hacía de aquel pobre anciano, sino que, desde aquel mismo momento, se propuso llevar al lienzo aquella expresión de amargura y nobleza.

Durante quince días posó el anciano ante López Torres. Quince días que constituyeron una lucha para el pintor, resuelto firmemente a reflejar, con toda fidelidad aquel rostro lleno de arrugas, contraído por los años y el sufrimiento, "aquella mirada de resignada amargura". Y a las quince sesiones nuestro artista ponía la última pincelada sobre su nuevo cuadro.

López Torres había salido ajroso de la prueba. Sus propósitos quedaban plenamente realizados: el pintor había reflejado, no solamente la anatomía de aquella cara, sino que ésta no fué más que el medio para conseguir plasmar, más que el cuerpo, el alma de aquel mendigo; el alma atormentada por un sufrimiento terrible. De suerte que hoy, al pasar los años, la simple contemplación del «Retrato de anciano» nos evoca toda la historia aquella que circuló de boca en boca y el magnífico trabajo de López Torres, que tan gallardamente supo adentrarse en el psiquismo de aquel hombre, nos incita a la conmiseración del noble anciano.

Así se realizó, pues, la obra del joven artista, obra que marcaba un triunfo indiscutible y que vino a revelarles como un auténtico valor.

Y cuenta el gran pintor que, cuando el anciano se vió tan magníficamente retratado en el lienzo, lleno de emoción, se quedó ensimismado ante su figura, mientras unas lágrimas resbalaron por las venerables mejillas, brillando, como dos perlas, a la luz potente del sol canicular.

Jorge Luis de Montesinos.



TAMOSOS se hicieron muchos que merced a actos heroicos viéronse honrados con títulos nobiliarios, o aquellos otros cuyas virtudes o inteligencia les han llevado a los altares en que se rinde culto a la santidad o la sabiduría. Entre esa aristocracia del Valor, la Virtud y la Inteligencia cultivada, debe figurar el Trabajo; más que el individual no siempre anónimo, ni callado ni desprovisto de egoísmo, el colectivo; y debe exaltarse al Trabajo, no sólo por ser fruto de una cualidad humana digna de la mayor estimación, sino porque además es el manantial más puro e inagotable donde brotan las aguas de la honra y la prosperidad material. De manera especialísima merece aquellos honores toda agrupación de hombres modestos, sencillos, que sin la ayuda de una cultura o un capital emprendió ese trabajo hace siglos sin reparar en sacrificios, y a fuerza de tenacidad perseverante, y de humildad enemiga de publicidades y alharacas, al cabo de muchas generaciones convierte la tierra estéril en fructífera, la primitiva aldehuela en urbe populosa, la situación precaria de sus antepasados en próspera, y tras varias centurias de esfuerzos constantes logra para el pueblo nativo, por derecho propio e indiscutible, el título de ciudad. Tal el caso del pueblo manchego de Tomelloso, donde cada habitante merece poseer una bella ejecutoria de hidalguía escrita en hojas de vitela con áureas letras capitales primorosamente miniadas, idéntica a las ejecutorias otorgadas siglos



Una típica calle de aldea, que evoca los primeros años de vida de Tomelloso. (F. Muñoz.)

atrás por los reyes a personas de rancio abolengo y que los sucesores de éstas conservan cual preciadas joyas; la estirpe de estos villanos de Tomelloso nada tiene que envidiar a la de muchos duques y marqueses, pues si el ser *noble* significaba antaño figurar *entre los mejores*, en ese grupo selecto debe contar este vecindario.

Ya bastante adelantado el siglo XVI, la tierra de Socuéllamos extendiase a lo largo de kilómetros y más kilómetros hasta el cauce del Guadiana junto al término de Argamasilla; pudiendo recorrerse sin topar con una aldea, por insignificante que ésta fuera; sólo varios despoblados indicaban que tiempo atrás hubo escasos y minúsculos núcleos urbanos de donde emigraron sus habitantes dada la pobreza del suelo, y alguna majada de pastores impedía que se consideraran por completo desérticos aquellos campos improductivos, donde predominaban los cantarrales permitiendo apenas que vegetaran pobres matojos de tomillo o esparto, sin que el menor arroyuelo alegrara un poco la vista con la corriente cristalina del agua o los árboles de sus riberas. Sin embargo, en medio de aquel páramo inhóspito, batido por las frías ventiscas invernales o abrasado por el sol estival, había un hondo pozo de agua potable; varias familias muy pobres vecinas de Socuéllamos se propusieron colonizar la estéril llanada, alzaron miserables chozas en torno al pozo, llevaron sus animales y aperos de labranza, organizaron un rudimentario concejo para gobernarse, comenzaron a porfía la ruda batalla contra la tierra mala, escasa y hostil hasta vencerla, y así nació la aldea de Tomelloso; con tan nobles principios, que aun no contaría sesenta vecinos cuando ya entre aquellos pobres labrantes hubo dos que, dando pruebas de su elevado espíritu, sacrificaron parte de sus bienes con tal de honrar a Dios y favorecer al prójimo; uno, instituyó en la modesta iglesia primitiva cierta capellanía, y el otro dotó un hospital para transeuntes pobres; tan generosos rasgos de aquellos primeros habitantes deben enorgullecer a los actuales.

No quiero continuar hablando por mi cuenta de los orígenes de Tomelloso, pues tenemos un documento coetáneo que pocos conocen y merece ser divulgado; me refiero a las contestaciones al Interrogatorio hecho por orden de Felipe II a villas y lugares. Esta «Relación» de Tomelloso está fechada el 29 de octubre de 1578, las respuestas fueron redactadas por Aparicio Quiralte y Martín Sánchez del Campillo, vecinos del lugar, el original se guarda en El Escorial, y he aquí las que ofrecen alguna curiosidad o interés:

Al primer capítulo... dixerón que este pueblo se llama El Tomelloso; preguntados porqué se llama así dixerón que porque quando el dho Aparicio Quirralte bino aquí y (tambien) el dho Martin Sánchez, habrá quarentá y siete años poco más o menos que binieron a este lugar y no havia casa ninguna sino solamente un pozo muy hondo y alrededor dél grandes tomillares, y por esta razón le dixerón y nonbraron Tomelloso; preguntados si después ha tenido otro nonbre, dixerón que nó.

Al segundo... dixerón que este pueblo terná al presente hasta ochenta vezinos poco más o menos (400 habitantes), y estos se han ido aumentando del (desde el) tiempo que tienen dho acá.

Al quarto... dixerón que es Aldea de la villa de Soquellamos y está sujeto a ella.

Al sexto... que es pueblo que está en la Mancha en el Reyno de Castilla y no extraño y no está en frontera ni puerto ninguno.

Al sétimo... dixerón que el pueblo es de S. M. y que no conocen otras armas más que las suyas (o sea que no tenía escudo propio).

Al octavo... que dicen lo que tienen dicho en el capítulo antes deste y que el dho lugar está en el Priorazgo de Uclés y Orden de Santiago y dada la encomienda a D. Luis Hernández Manrique marqués de Aguilar (consendador de Socuellamos).

Al noveno... que los pleytos en grado de apelación en la villa de Madrid se siguen donde Su Majestad reside; desde este lugar a la villa de Madrid hay veintiquatro leguas comunes, y a la ciudad de Granada hay quarenta leguas.

Al décimo... que cae el dho lugar en la governación de Quintanar que está siete leguas, y quatro leguas de la villa de Sequiro (Socuellamos) donde es aldea.

Al onzeno... que cae y está el dho lugar en el Priorazgo de Uclés; en quanto al Perlado y en quanto al Oficio de la Santa Inquisición, en el obispado de Cuenca.

Al dozeno... que dicen lo que dicho tiene, en el capítulo antes deste, y que dende este lugar a la ciudad de Cuenca hay veinte y dos leguas comunes y al convento de Uclés hay catorze leguas.

A los treze... que el primer pueblo que está dende este lugar hacia donde sale el sol se dice Soquellamos y está quatro leguas grandes del lugar y está como dho tienen derecho dende sale el sol y el camino que llevan dende este lugar a la dha villa de Soquellamos es llano y derecho, un poco inclinado a la mano izquierda como van al Oriente.

A los catorce... que el pueblo mas cercano que hay hacia el mediodia es la Osa de Montiel y hay seis leguas comunes y el camino es espeso, montuoso de montes y sierras de carrascas, (e) nebrales, romerales, atochales (espartizales) y otras justas del campo, y el camino es algo torcido; ansimesmo dixerón que la villa de Alhambra está derecha al sol a mediodia y está cinco leguas de este lugar, comunes, y camino montuoso y quebrado.

A los quince... que el primer pueblo que hay dende este lugar hacia donde el sol se pone es Argamasilla de Alva, que por otra parte se llama «pueblo nuevo» y está en la Orden de San Juan y una legua común deste pueblo, muy derecho camino y llano.

A los diez y seis... que el primer pueblo que hay dende este lugar hacia el norte es la villa del Tornos y está a seis leguas deste lugar, grandes y camino llano y derecho.

A los diez y siete... que la tierra donde está poblado el dho pueblo es tierra fria en tiempo de invierno y muy calurosa en verano, y no es tierra enferma y que es muy llana.

A los diez y ocho... que es tierra pobre de leña porque no la alcanzan ni tienen sino es yendo por ella tres leguas, y que van por ella a los términos de Alhambra y la leña que se

Una de las primeras edificaciones con planta alta. (Foto Muñoz.)



trae son Romeros y marañas y no otra cosa, y así mismo hay algunas Kelamas cerca de este pueblo, y con ser como es la tierra tan rasa y llana no se crían sino sólo algunas perdices o liebres, en poca cantidad, y que no hay otro género de animales.

A los diez y nueve... que como dho tienen el pueblo está en llano y que no hay sierras ningunas en su término sino sólo las sierras de Alhambra que están hacia el sol a mediodía y comienza dende media legua de Alhambra y acaba una legua de Valdepeñas donde dicen el Peral, e que están estas sierras cinco leguas grandes deste lugar.

A los veinte... que no hay en este término río ninguno, si no es un río que se dice Guadiana, que pasa por Argamasilla y está una legua de este lugar, y que en esta rívera deste río donde dicen el prado hay ciertas huertas de árboles frutales como son menbrillo, Ciruelas, y Manzana y otras frutas.

A los veinte y uno... que en este pueblo no hay fuentes ningunas, sino ciertos pozos que están diez y siete y diez y ocho estados de hondo, y destes se provehen de agua para el sustento de las gentes y ganado, y que van a moler a la rívera del Guadiana.

A los veinte y dos... que este pueblo no tiene dehesa ni coto ninguno ni otro género de los qué, ni pasto conocido (pastizales propios) por ser como es aldea de Soquellamos.

A los veinte y tres... que el dho pueblo es de labor y que lo que más se coge es pán y no otra cosa alguna, y que también se crían ganados ovejunos, y que no hay sal en él ni se cria, y se provehen de ella de las salinas que S. M. tiene porque viene de acarreo de hacia Inesta y Bonilla y de otros cabos (sitios) donde se cria y la hay.

A los veinte y cinco... que no es pueblo que está cerca de la mar, porque está cinquenta leguas de Cartagena.

A los veinte y ocho... que este pueblo está en asiento llano y no está cercado.

A los veinte y nueve... que no saben que hay otra fortaleza sino en la torre de Zárate que cae en otra jurisdicción, y que los materiales son de cal y canto.

A los treinta... que los edificios deste lugar son de tierra y piedra y que los materiales

A los treinta y cinco... que la ganadería es arar y criar ganado, y así se tiene por mejor de todos. (Es decir, que el mejor negocio es trabajar).

A los treinta y seis... que las Justicias seculares las pone S. M. y las eclesiásticas las pone el Prior del convento de Uclés puesto por S. M.

A los treinta y siete... que el término deste lugar es de la jurisdicción de la villa de Soquellamos, y tiene de término cinco leguas de travesía por cualquier parte, y ansimesmo es término Redondo.

A los treinta y ocho... que la Iglesia deste lugar es Parroquial y su advocación de Nuestra Señora de la Concepción, y que las prebendas se las lleva el marqués de Aguilar



Plaza del ALTILLO y final de la calle del CHARCO donde se encuentran un grupo de casas de las más antiguas del pueblo.

(Foto G. Muñoz)



La arteria principal de Tomelloso, tal y como se encontraba a principios de siglo, cuando se denominaba CALLE DE LA FERIA.

(Foto A. Sánchez Montañés.)

cuía es la encomienda de la villa de Soquellamos y su prohibición. se sacan del mismo término.

A los treinta y nueve... que en dho lugar hay una capilla de la dha yglesia parroquial, la qual fundó Juan Paulino vezino deste lugar, y ansimesmo fundó Juan Galindo un Hospital para recoger los pobres.

A los cuarenta y uno... que aquí está botada la fiesta de la Inbencion de la Cruz que es a tres de Mayo y se ayuna, y se botó porque en este término no llovía y después de hecho el boto fué Dios serbido de llover, por lo qual se cozió mucho pán.

A los cuarenta y tres... que en este término ubo y fué poblado de villares y muchos enterramientos que hubo en él, y ansimesmo ubo en el dho término despoblados de San Martín y el Pozo declarado, y las Balsas y los villarejos Rubios, y que no saben por que causa se despoblaron.

A los cuarenta y cuatro capítulos... dixerón que no hay otra cosa notable, por ser como es pueblo nuevo.

De este modo surgió la modestísima aldea de Tomelloso en la monótona y árida llanura manchega. Las respuestas al interrogatorio a villas y lugares cuando mediaba el siglo XVIII para establecer la Unica Contribución, y que se conservan conociéndose el conjunto de ellas bajo el nombre de *Catastro del marqués de La Ensenada*, suministrarían datos muy interesantes acerca del desarrollo logrado por ese pueblo cuando contaba doscientos años de vida; pero no tengo tiempo para consultarlas, su extracto haría sobrado largo este artículo, y de ahí que me conforme con decir, atendido a una carta dirigida a don Tomás López desde Tomelloso el año 1788 y que este señor incluye en su inédito «Diccionario Geográfico de España» (Biblioteca Nacional. Sección de Manuscritos), que en tal fecha la antigua aldea contaba ya ochocientos vecinos dedicados a la agricultura y en especial al cultivo de cereales, sin mencionar siquiera la existencia de viñedos; pueblo tan grande era natural que quisiera gobernarse por sí mismo sin depender



Una vista de la misma calle anterior, tomada en nuestros días. Por obra y gracia del trabajo y ejemplaridad de sus hijos. Tomelloso ha pasado, de su primitiva condición de aldea, a su actual estado de ciudad moderna. (Foto Muñoz.)

de Socuéllamos, y al efecto logró separarse de esta jurisdicción y adquirirla propia con la categoría de villa el año 1764, mediante el pago de una fuerte suma; según la carta mencionada. un año de regular cosecha recolectábanse hasta 70.000 fanegas de cereales entre trigo, cebada y centeno, tan excelente la calidad de aquel *por ser muy blanco y fino, y para Valencia, donde se estima mucho, tiene mucha saca*; ya hacía un siglo que la primitiva iglesia fué demolida para alzar la actual, hermosa en el lugarón vulgarote de entonces, pero que hoy resulta pequeña y pobre.

Dando otro salto en el camino de la Historia, encontramos detalles y pormenores interesantes, relativos al crecimiento de Tomelloso. en el «Diccionario Geográfico-Estadístico de España», publicado por don Pascual Madoz el año 1849. Según él, existían 778 casas, todas de un solo piso y sin incluir en ellas las del barrio del «Altillo» al oeste de la población y que antes perteneció a Campo de Criptana, albergándose en ellas 847 vecinos con un total de 4.706 almas, de los fondos públicos se dotaba con 2.200 reales una escuela a la que concurrían 90 niños, más otras dos para niñas retribuidas por las familias de éstas; había tres grandes paneras denominadas tercias y que eran la del Rey, la de San Juan y la de Santiago; dos pósitos, cuatro posadas, la iglesia parroquial de la Asunción que era de término y perteneciente a la Orden militar de Santiago, la ermita de San Francisco y. en las afueras, los humilladeros de la Cruz Verde y el Calvario; no existían fuentes, surtiéndose de agua en los pozos de las casas, sumamente profundos; había un molino de chocolate y hasta cuarenta telares de pañete. mantas y lienzo ordinario, donde trabajaban mujeres; los principales ingresos procedían de la agricultura, exportándose cereales y vino. En una nota final dicese que este pueblo es muy moderno, pues tuvo su origen en unas caserías o quinterías en el sitio llamado «heredades del Tomillar», subsistiendo todavía en tiempo de Madoz una de aquellas, muy vieja, en la esquina a las calles de Belén y el Monte; el primer libro-registro de bautismos se empezó a 8 de septiembre de 1552, cuando había 30 vecinos, pues durante los cuarenta años siguientes sólo se registraron 20 bautizados; *el incremento del pueblo ha sido enorme.*

¿Qué diría Madoz si viese Tomelloso un siglo después de escribir esa frase? Si bastaron dos centurias para multiplicar por diez el número de habitantes que de 400 el año 1578 pasó a 4.000 en 1788 para mantenerse estacionado como consecuencia del empobrecimiento general de España tras la guerra de la Independencia y primera carlista, después fueron suficientes

sólo otros cien años para una multiplicación casi idéntica, toda vez que en el día de hoy su vecindario se acerca a la cifra de 40.000 almas. En el orden urbanístico, el crecimiento y mejoras de Tomelloso han sido constantes y extraordinariamente considerables, sobre todo durante los últimos cuarenta años, con calles muy largas, anchas y bien pavimentadas, a las que flanquean casas amplias, cómodas y muy a menudo suntuosas; descontada la del Ayuntamiento, no existen en Tomelloso edificios monumentales, pero en cambio se ven sobresalir muy por encima de los tejados las torres y chimeneas de muchas fábricas alcoholeras; abundan las familias ricas y aun millonarias cuyos antepasados eran modestos palurdos de instrucción casi nula, pero laboriosos, inteligentes y emprendedores, debiendo constituir estas circunstancias y cualidades un legítimo orgullo para quienes con el apellido heredaron la fortuna, y la acrecientan del mismo modo.

Con seguridad, ya no se recolectan en Tomelloso 70.000 fanegas de cereales al año como en el siglo XVIII; en cambio, se elaboran tras una cosecha normal un millón de hectólitros de vino. pues año tras año estos manchegos sobrios, trabajadores y tenaces, han poblado de viñedos casi toda la tierra baldía y pobre del término municipal, luego de apartar los cantos que la cubrían y amontonarlos para construir los típicos *bombos* o rústicas y amplias chozas sin ninguna argamasa, cubiertas por ingeniosas bóvedas hechas con tan toscos materiales; los que a fuerza de perseverancia y sacrificios consiguieron reunir algún dinero, han ido adquiriendo tierras yermas y estériles en los términos de pueblos circundantes, para plantar más viñas; aprovechando la impermeabilidad del subsuelo, taladraron éste para abrir bajo calles y casas enormes naves, sin bóveda alguna, destinadas a bodegas y que constituyen para el forastero la máxima curiosidad visitable; gracias a esa perseverancia en el esfuerzo, a la vida sobria y al espíritu de ahorro, los campos de Tomelloso se convirtieron de yermos en aprovechados y fructíferos, y la aldea pequeña y anodina en población populosa y atractiva por muchos conceptos. ¡Bien merecido el título de ciudad que ostenta desde hace pocos años!

Como ciudad muy joven y desarrollada en el medio rural, Tomelloso no puede lucir una aristocracia de la sangre, cifrada en alcurniadas familias con títulos nobiliarios y prolijos blasones esculpidos sobre las portadas de sus casonas hidalgas; por la misma razón, es pronto para que cuente con una aristocracia del saber y la cultura, aunque sí con individualidades inteligentes y cultas, pues la ilustración de una colectividad numerosa sólo puede dar frutos sazonados tras varias generaciones, durante las cuales se crea un ambiente casero y ciudadano propicios. Tiene sí la aristocracia (hoy tan codiciada) del capital acumulado; pero la verdadera aristocracia de Tomelloso está constituida por el pueblo bajo, por los más modestos, por quienes a fuerza de sudores y privaciones han transformado el mísero terruño en fuente de riqueza. la aldea en población y la población en ciudad. Tomelloso puede ufanarse y lucir ante el mundo, representada por cada uno de sus vecinos, a la aristocracia más auténtica y honorable: ¡la aristocracia del Trabajo!

Dr. F. LAYNA SERRANO

Académico correspondiente de la Historia.

Madrid, noviembre de 1946.

DIPTICO DE CIELO Y TIERRA

OLFATEANDO A JUAN DE YEPES

ENVÍO:

A D. José María Pemán.
Por su lluvia de amor en mi
"Cardencha."

I

Perseguirte el color. Y ese *acelero* (1)
de tórtola en tu gracia fugitiva.
Querer cerner mi afrecho con tu criba,
y hacerme, por tu pan, tu panadero.

Buscarme en tu «morir porque no muero».
Sentirme en tu palabra y tu saliva.
Subir tanto tu aceite por mi oliva,
que me sueñe tu mecha y tu lucero.

Cuajarse Avila en mí. (¡Tierna dureza!)
Cada campana, un sol—papel y cañas—,
comiéndose el bramante de mi ovillo.

Morir cual tú, volada la cabeza.
Morir... dejando en liras las entrañas.
sólo a cambio de un poco de tomillo.

(1) *Asoramiento*. Es uso en expresión manchega.

II

EN EL "CERCAO"...

A la *constelación*. Fraternalmente.

Un lebrillo abre el juego. Es la ruleta
donde el vaso, rodando, coge y pasa.
La sed se apaga, el corazón se abrasa,
la frente crece y la corbata aprieta.

¿De qué tabla de angustia oscura y quieta
se ha cargado de peces nuestra nasa?
La culpa es del «croupier»: su copla arrasa,
minando en nuestra mina, veta a veta.

La tarde da a la cal mil livideces.
Se carga nuestra nasa de más peces.
Se embriagan nuestros ayes de otros ayes.

Dios levanta la banca y nos liquida...
Y empezamos a andar, desde otra vida,
jugándonos la sombra por las calles.

Juan Alcaide Sánchez.

1946.

Romance de

MANUEL DE FALLA

Ha muerto Manuel de Falla,
voz de la Patria hecha nota.
De esta España ha muerto lejos,
pero dentro de la otra.

¡Albacines de Granada!
¡Barrios de Sevilla mora!
¡Mar azul plata de Cádiz!
¡Misterio oriental de Córdoba!
¡Azahares de Valencia!
¡Huertas de Murcia y de Lorca!

Poned un velo de luto
a las flores y a las rosas.
Decid que ha muerto el maestro
que en la noche silenciosa
de los jardines de España
hizo de pétalos notas.

Y decid a Maese Pedro,
el padre de los cristobas,
que con crespones de luto
adorne el retablo ahora,
y a los muñecos de pasta
envueltos en la tramoya
de la carreta viajera,
les vista con otras ropas.
Melisandra y don Gaiferos,
el de la capa gascona,
y Marsilio de Sansueña,
que ahora llaman Zaragoza,
y el moro osado y lascivo
y la magestad horonda
del gran Carlomagno rey...
Todos, pajes e infanzonas,
las mozas, jubones negros
y las damas, negras tocas,
Todos con las calzas brunas
y con las rizadas golas,
y los pespuntos oscuros
de las mangas en las bocas,

porque ha muerto maese Falla
que los movió, pero en solfa...
en un retablo de España
y en su milagro de historia.

II

La vida es breve y se pasa
como el aire de una sombra,
como el huésped de una noche,
como nave hacia la costa.
Por eso tú, poeta y músico,
místico de alma devota,
asceta, ermitaño, monje,
no supiste hacer otra
música sino la nuestra
de nuestro cantar y coplas,
de nuestro genio rebelde,
de nuestra sal. nuestras cosas,
del ritmo de nuestros bailes,
de esas danzas que recortan
en lo sutil del espacio
la encarnación misteriosa
de esa raza inconfundible
que por ley de Dios y obra,
hizo oración de sus cantos,
de sus bailarinas monjas,
austeros frailes de artistas
y mártires de patriotas.
Esto fuiste tú, maestro:
otra más en nuestras glorias,
por eso España, enlutada
como una madre, te evoca...
¡Levanta tu voz, España,
cierra tus ojos y llora.
que ha muerto Manuel de Falla,
voz de la Patria hecha nota!

Fr. Bernardo Martínez Grande.
O. Car.

Tomelloso, 1946.

Poesía escrita especialmente por su autor para la revista ALBORES DE ESPIRITU y el diario LANZA.

EN LA PLAZA.—Con muy digno y varonil gesto, varios amigos charlan animadamente, agrupados a pie firme en el clásico corro, desde donde se ventilan y resuelven todas las cuestiones que afectan, de cerca o de lejos, al paisaje manchego, y aun mundial.

ENRÍQUEZ.—Oye, Gálvez: ¿Has visto? Acaba de pasar tu hijo, muy hombrecejo y formal, hacia la iglesia. Irá a oír Misa, ¿no?

GÁLVEZ.—Sí; suele oíría todos los domingos... (Afectando despreocupación e indiferencia) ¡Me lo llevan y..., no puede hacerle mal!

ENRÍQUEZ.—Está bien... A sus años, siempre hay poco en que pensar...

Cae una lluvia menuda, sigilosa, tenaz. Por virtud de ella se inicia un discreto repliegue de grupos hacia la acera resguardada de los vientos. Nuestro corro continúa sus comentarios de vinos y de tasas, con estoica impavidez.

EN LA IGLESIA.—*Tonín*, precioso ángel rubio de diez primaveras, asiste con su Colegio a la Santa Misa del domingo. Su imaginación revolotea, inquieta y feliz, por todos los pormenores que han sido en su vida inmediata, antes de entrar en la iglesia. En un grupo de la plaza ha visto a su padre y ha querido hacerse presente dirigiéndole su sonrisa angelical de complacencia...

Y allí, en la iglesia, se distrae muchas veces..., y queda embargado en este mudo soliloquio de pensamientos:

«¡Y mi papá no oye Misa!... Claro, ¡como ya es hombre!... Aunque, según dicen mis profesores, los hombres también tienen alma, y ¡como el alimento del alma, son las cosas de Dios!... ¡Será más pequeña el alma de los hombres!... ¿Es que mi papá no tendrá tiempo de oír Misa?... Se lo escuché muchas veces, pero no; que está parado en la mitad de la plaza y... ¡se está mojando!...»

Aquella fantasía infantil se siente herida por una cruel sospecha, respecto a los sentimientos del autor de sus días...:

«¿Es que mi papá no conocerá a Jesús?... ¿Es que mi papá no querrá a Jesús?...»

EN LA CALLE.—*Tonín*, al salir de la iglesia y romper filas de su Colegio, ha marchado, alegre y bullidor, hacia su padre, que sigue aún en el corro, aguantando con ánimo imperturbable la suave llovizna. Hay un sonoro intercambio de besos entre padre e hijo.

—Papá, ¿te vienes conmigo a casa? ¡Aquí te estás mojando!...

—Pues, sí, hijo mío; vámonos...

Caminan en silencio, cariñosamente asida por el niño la mano de su padre. Pero hay como una sombra misteriosa que se interpone entre el alma de los dos... Muy pronto el pequeño rompe aquel silencio ensombrecido de presagios.

Y se establece un diálogo de profunda substancia espiritual, con animaciones de viveza infantil, durante el cual, varias veces, hay destellos de triste humedad en los ojos del infante, mientras un nudo inquietador de agobios y recochuras sube a la garganta del padre...

Del diálogo son estas últimas frases:

—¿Entonces, papá?...

—¡Que no llores, hijo mío! Desde ahora, yo buscaré tiempo para..., lo que tú quieras. ¡Debe ser muy bueno Jesús, cuando tú, que eres un ángel, le quieres tanto!

Saulo.



Glosa del villancico español

UNA de las primeras manifestaciones que, con caracteres más definidos, aparece en la lírica popular española, es el villancico, canción a lo villano, a lo popular. Ya en el siglo XII el pueblo canta unas tonadas, cuya letra y música inspira él mismo, con las que pretende dar mayor colorido de gracia y donaire a sus diversos festejos. Son estas tonadillas las precursoras del villancico, el que completamente en su sazón no aparecerá hasta bastantes años después.

En esta época, que podemos llamar de gestación del villancico, cuando precisamente los primeros brotes de la lírica española irrumpen en el folklore medieval, surge la labor poética del inspirado Gonzalo de Berceo. Hay un lindísimo poema, el *Duelo de la Virgen*, en el que Berceo nos muestra un cantarcillo que, a juzgar por su disposición, es el villancico la forma más en uso dentro del área, reducida aún, de la lírica popular. Se conoce este cantar con el nombre de «Eva velara», y en él se incita a los judíos a que velen, para que «no vos furten el hijo de Dios».

Dentro de esta época es, quizá, en la lírica de Berceo donde únicamente hallaremos al villancico revestido de cierto matiz religioso, puesto que, como tal, no aparece hasta el siglo XVI.

Este villancico primitivo tiene un carácter profano; es de absoluto dominio del pueblo; lo cantan la gente de la aldea, los rústicos labriegos y los pastores montaraces. Pero a medida que transcurre el tiempo, y conforme la lírica española se va acrecentando con nuevas aportaciones de carácter popular, el villancico se desdobra de su primitiva forma, ofrece diversas modalidades y su letra y música es asimilada por los poetas y músicos de la época. Ya en el campo de acción del artista, el villancico se ve despojado de ciertas vulgaridades que hacían su música un tanto charra y despreocupada, propio de su carácter predominantemente popular, y es cultivado por parte de los compositores españoles del siglo XV. Habrá que examinar minuciosamente todo el compendio de tratados y colecciones de los vihuelistas para comprobar que todos ellos nos ofrecen interesantes ejemplos del villancico, caracterizado por una composición de estrofas, al final de las cuales aparece siempre un estribillo común. Es importantísimo seguir el curso de los copiosos ejemplos insertos en los tratados de vihuela, que, según Mitjana, «son preciosos auxiliares para seguir el proceso de transformación del arte antiguo, cuyo agente eficaz parece haber sido la melodía popular, las canciones y danzas del pueblo». No cabe en el reducido ámbito de un artículo periodístico la reseña de todos los cultivadores profanos del villancico. El Marqués de Santillana es autor, entre otros, de uno que dedicó a sus hijas.

Llegamos, pues, a la época más interesante del villancico español. Hasta aquí, el pueblo lo ha entonado, como composición profana, en todas sus fiestas: las llamadas marzas, las mayas, las de San Juan... Ahora, como manifestación del sentimiento religioso popular, viene a los albores del siglo XVI con una armonía y cadencia inigualables, fruto de su nuevo carácter piadoso, penetrando en la augusta solemnidad de las catedrales para formar parte de las festividades religiosas de Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección, etc. Sus compositores y cultivadores principales no son ya los trovadores y gentes del lugar, sino los clérigos y organistas.

Sin duda alguna, los que mayor impulso han dado al villancico sacro son los poetas religiosos, Juan



Jel Enzina y Lucas Fernández, salmantinos ambos y enemigos irreconciliables, pues habiendo aspirado los dos a la plaza de cantor de la Iglesia de Salamanca, fué obtenida por el segundo de ellos, naciendo, de aquí, tan marcada enemistad.

La labor que estos poetas llevan a cabo da, entre otros valiosos frutos, el de revestir completamente al villancico de un carácter religioso, que, sin dejar de ser popular, es asequible a la celebración de los tiempos sacros, a los que infunde una alegría y espondio típicos, de rancio españolismo, compatibles con el ambiente eclesiástico que respiran. El villancico está, así, en lo que, con un tantico de libertad, pudiéramos llamar «su propia salsa española». No le falta la ternura que con nuevo, discretamente rebogada con una picadilla ingenuidad, con la cual nos lleva a los pies del mismo Nacimiento, para cantar al Niño Dios coplas llenas de grato donaire, de amor y, a veces, de templado humorismo, pero que, en ningún caso, rozarán los límites de la irreverencia religiosa.

En casi todas las églogas escritas por Juan del Enzina hallaremos, al final, un villancico, cuya música está inspirada por el propio poeta. Algunos de estos villancicos pertenecen a la lírica profana, tales como los llamados, *No te tardes carcelero, Por mayo era, por mayo, y Tan buen ganadico*. Pero la mayoría son de ambiente religioso y aparecen en sus églogas de *Nacida, de Pasión, de Resurrección*, etc. En el *Cancionero* de 1546 figuran ocho de sus piezas dramáticas, ilustradas de villancicos, algunas de las cuales pueden verse también en el «Cancionero musical de los siglos XV y XVI», de Asenjo Barbieri. Considerable importancia adquirieron los villancicos de Juan del Enzina, y puede decirse, con Menéndez Pelayo, que a ellos debe, principalmente, la fama con la que el poeta ha pasado, a la posteridad. La mayoría de estos villancicos los pone su autor en boca de pastores, empleando como lenguaje el *savagüés*.

En las églogas de Lucas Fernández, del *Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y de la Pasión*, aparecen intercalados en *canto de órgano*, lo que nos demuestra que se representaban en la Catedral. Numerosas farsas y trajicomédias de este autor están también salpicadas de villancicos pastoriles. Otro músico español que nos interesa conocer es Alonso de Mudarra, canónigo de la Catedral de Sevilla, quien en 1540 publicó «tres libros de cifra para vihuela», entre cuya variada selección de canciones encontraremos gran número de villancicos. También el gran Lope de Vega usó la forma del villancico en su doble aspecto religioso y profano, siendo notable uno de ellos, bellísimo por cierto, titulado *Canción de cuna de la Virgen madre*.

Siguen en esta época ofreciéndonos ejemplos apreciables los tratados de vihuela, Enrique de Valderrábano, en su colección titulada «Silva de Sirenas», nos transcribe algunos villancicos encontrando otros muchos en el último libro de vihuelistas titulado «El Parnaso», publicado por Esteban Daza en Valladolid, el año 1575.

Durante el transcurso de los siglos XVII y XVIII disminuye el número de compositores del villancico. Ello es, tal vez, porque habiendo alcanzado en el siglo XVI un grado de armonía insuperable, no existen músicos capaces de rebasar, en esta materia, los frutos logrados por sus antecesores. En el siglo XIX es nuestra poetisa «Fernán Caballero», quien recopiló, en un cuaderno de costumbres titulado «La noche de Navidad», una lindísima colección de villancicos; y posteriormente, entre otros distinguidos cultivadores, destacará la figura del Padre agustino Luis Villalba Muñoz, quien nos transcribe gran número de villancicos de los libros de vihuela, para verterlos, con magistral artificio, en su libro «Canciones españolas de los siglos XV y XVI».

Es muy importante subrayar que el villancico no inicia una carrera descendente a partir del siglo XVII; no, pues es de notar, con respecto a esto, que en la actualidad se leen los villancicos de Enzina, Lope y otros, si cabe con mayor agrado que en sus días se hiciera. El villancico español, al penetrar en la órbita de la música y la lírica popular religiosa, se mantiene, constantemente, en todo su apogeo, deparándosele un caluroso recibimiento cada vez que irrumpe en el ambiente litúrgico de las fiestas navideñas.

Nuestro villancico, al discurrir por la vena más pura de la tradición española, es una prueba manifiesta de como el pueblo hispano sabe saciarse, hasta en el honesto esparcimiento de los festejos religiosos, en los añejos veneros de sus gloriosas épocas pretéritas.

F. Adrados Fernández



EL CICLISMO COMO NECESIDAD Y COMO DEPORTE EN TOMELLOSO

En estos tiempos de carestía de ganados y escaseces de gasolina, la bicicleta ha recuperado el auge que tuvo otrora, volviendo a generalizarse su uso después de unos años de sensible decadencia.

El ciclismo tuvo de siempre en Tomelloso gran número de adeptos: en su caballo de acero marcha el trabajador hasta la viña y el propietario recorre sus fincas. En las calles largas y rectas de la ciudad casi todos necesitan la bicicleta: así visitan el médico y el practicante a sus enfermos; los empleados asisten a la oficina; el buen padre de familia, con su silloncito «ad hoc» sobre el cuadro, lleva a su niño a la escuela, y muchos dejan las máquinas a la puerta de bares y casino, mientras se solazan en la hora de tertulia o resuelven un negocio sobre la mesa del café.

¡Qué bien manejan la bicicleta en Tomelloso! Los chiquillos, que apenas alcanzan a los pedales, mantienen el equilibrio en posturas inverosímiles. Y los mayores hacen en la misma calle verdaderos alardes circenses: ¡hasta cuatro muchachos hemos visto en ocasiones sobre una bicicleta!

¿Cuántas habrá en Tomelloso?

Rápidamente han contestado a nuestra pregunta en la correspondiente oficina del Ayuntamiento: 1.466 es el número de la última inscripción. Pero como habrá algunas que hayan escapado al control municipal y otras temporalmente en desuso, no será exagerado dar la cifra aproximada de unas 2.000 bicicletas. ¡Qué ya está bien! Por ello los comercios y talleres relacionados con su venta y reparación tienen constante actividad.

Pero el ciclismo en Tomelloso es, además de una necesidad, un deporte que cuenta con muchos y buenos aficionados. Aficionados hemos dicho, porque ninguno de estos ciclistas ha sentido hasta ahora la tentación de unirse a los ases de la ruta y probar fortuna en las grandes competiciones nacionales, aun cuando no carecen de excelentes condiciones para obtener triunfos.

Se han limitado así a las modestas pruebas regionales. Y cuando en la capital y provincia se celebraron carreras de cierta envergadura, casi siempre los ciclistas tomelloseros coparon los primeros puestos, con gran diferencia de clase respecto a sus inmediatos seguidores.

¡Fuertes muchachos estos ciclistas de Tomelloso, que no necesitan preparación ni entrenamiento.

Porque su entrenamiento mejor es el trabajo cotidiano, recorriendo rápidamente muchos kilómetros entre la ciudad y la viña, cargados además con envoltorios y utensilios.

Así entendemos nosotros el deporte en toda su pureza: afición, recreo, ejercicio físico... ¡y utilidad también!

Penalty.

“CERCA DE OVIEDO”

Novela galardonada de

García Pavón.

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de la novela *Cerca de Oviedo*, debida a la pluma de nuestro querido paisano y colaborador don Francisco García Pavón, que fué clasificada como finalista del Premio Nadal 1945.

Independiente del comentario que prometemos, gustosos, para el número próximo, aprovechamos esta oportunidad para enviar, a través de las presentes líneas, un saludo fraternal al joven escritor, al que aseguramos y deseamos de todo corazón un rotundo éxito. Tenemos la certeza de que García Pavón ha de triunfar plenamente con ese estilo conciso y palpitante de originalidad que ha sabido imprimir a su novela.



Juan Alcaide Sánchez.

“GANANDO EL PAN”

El deleite y la creciente curiosidad que se experimenta conforme vamos adentrándonos en la lectura de este libro poético de Juan Alcaide, nos imposibilita para poner un registro, doblar una hoja y colocarlo sobre la mesa para continuar después. Nos sentimos incapaces de interrumpir la lectura. Hay que beberse de un tirón. Esto es lo que hemos hecho con «GANANDO EL PAN», ganando, también nosotros, en el conocimiento de ideas, metáforas e imágenes tan originales como desconocidas. Juan Alcaide ha hecho un libro de poesía moderna. Es, pues, un poeta modernista. El modernismo, no es una forma. Es reacción contra el normalismo tiránico e infecundo y, a la vez, la reconquista de valores humanos, olvidados o abandonados. Tienen, sin duda, características propias, pero fundamentalmente corresponde a un ansia universal de integración en la verdad y en la vida.

¿Tiene defectos la poesía moderna? Es claro: como en todo lo humano. Hay dentro de ella, incoherencias y absurdos, momentos de perturbación caótica y reflejos de orgullos delirantes. Pero esto ha ocurrido y ocurrirá en todas las manifestaciones intelectuales del pensamiento del hombre y en el desenvolvimiento de todos los postulados científicos. Así aconteció en la poesía de las viejas edades, en la poesía medieval o renacentista, en el laberíntico artificio gongoriano, en los artificios académicos o en las orgías románticas.

La ignorancia y el «despiste» de muchos, en su afán de constituirse árbitros supremos de todas las cuestiones y corifeos de un puritanismo fari-saico, ha visto en la poesía moderna, sólo una anárquica expresión de imágenes absurdas, cuando no la metrificacón monstruosa de ideas en tinieblas, donde se pierde la fe. Si leen este libro de Alcaide, podrán constatar, sin mucho esfuerzo, que la poesía moderna sabe interpretar ideas tan puras, nobles y patrióticas como los cánones más clásicos de nuestra poesía en la Edad de Oro.

Juan Alcaide es un poeta inquieto: inquieto con la intranquilidad afanosa y creadora de un alma que descubre y sorprende motivos estéticos vedados a los demás vivientes. Los descubre y los combina, pudiendo apreciarse en la arquitectura de sus versos y en el barroquismo de sus metáforas, las estimables perlas de la fe, la Patria, la religión y la firme nobleza de la voz hispana. Poeta de Valdepeñas, llevan sus versos aires de raza y fuego de heroísmos. Acaso en las «selvas de Erifile», de aquel famoso clérigo obispo de Puerto Rico, haya sumergido su espíritu para tomar de las églogas la sencillez bucólica; y los bravos arranques de sus sonetos, de los cantos ardorosos del «Bernardo». Católico y artista, todo le interesa; el drama de lo humano y de la sangre, la epopeya de las almas y de las cosas. Sabe que la Iglesia, como dijo un poeta iberoamericano, no condena la modernidad en el arte, condena lo que en el arte ya no es arte, sino pura altucinación, pecado contra el Espíritu Santo y contra la naturaleza. «GANANDO EL PAN» es «un verso que anda». Que andará por mucho tiempo en la emoción de las almas limpias. Claridades de agua corriente, realidades de las más peregrinas emociones, descubiertas del alma, en las reacciones más atrevidas e inauditas. La sorpresa en un verso tras de otro, el feliz símbolo, y la jubilosa impresión del arte en sus más exquisitos secretos, es la modalidad específica de este poeta que construye sus catedrales de idealismos con la dichosa facilidad de un espíritu sensible y que triunfa plenamente en la concepción de sus interesantes poemas.

A medida que su sensibilidad poética se ejercita, va perfeccionando su estilo, evitando, con habilidad, los barrancos que pudieran precipitarle en una de las muchas manifestaciones morbosas a que dió lugar la falsa interpretación de la poesía moderna, degenerando, unas veces, hacia el naturalismo francés, otras hacia el desnudo realismo, también de importación transpirenaica y, en múltiples ocasiones, corrompiéndose en tal grado, que dió origen a las arbitrariedades absurdas del estetismo, adamismo, futurismo, hasta desembocar en el «postismo», que yo calificaría de «postinismo» petulante y sandío. Hay una gran diferencia entre los primeros versos de Alcaide y los que tenemos ante los ojos. En todos la misma riqueza de símbolos y oportunidad de imágenes, pero se observa un voluntarioso ahínco de perfectibilidad y un gesto disciplinado y austero de nobleza, que «GANANDO EL PAN», consigue dar la amplia visión de un poeta logrado, dentro del mosaico nacional y católico.

Su poesía ha de ser valorada con la misma admiración y entusiasmo con que lo hacemos, al alabar las nuevas y juveniles inteligencias, que pulsan con éxito el estro del bello arte. Alcaide es un valor nuevo. Reflejan sus obras la castrense mirada de lo infinito, la serenidad litúrgica del místico, ansioso de conquistar la tierra dura o el cielo preñado de esperanzas, es lo mismo. En plena sazón sus facultades poéticas, adornado de esa virtud tenaz de superación, creemos no será este el último libro que vea la luz de España, luz que no duerme para no tener oscuridad, luz de inabarcables claros, luz inconfundible, inefable e indeficiente, como inconfundibles serán siempre, entre todas las creaciones artísticas, los versos de Juan Alcaide.



P. B. Martínez Grande, O. C.

Ejemplar


GRATUITO

Imprenta "T. P. A."
ALCALÁ DE HENARES